CAPÍTULO X.

Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encontrar á la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos.

LLEGANDO el autor desta grande historia á contar lo que en este capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no había de ser creído, porque las locuras de Don Quijote llegaron aquí al término y raya de las mayores que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta más allá de las mayores.

Finalmente, aunque con este miedo y recelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar á la historia un átomo de la verdad, sin dársele nada por las objeciones que podían ponerle de mentiroso: y tuvo razón, porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira como el aceite sobre el agua; y así prosiguiendo su historia dice, que así como Don Quijote se emboscó en la floresta, encinar ó selva junto al gran Toboso, mandó á Sancho volver á la ciudad, y que no volviese á su presencia sin haber primero hablado de su parte á su señora, pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero, y se dignase de echarle su bendición para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas.

Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba y de traerle tan buena respuesta como le trujo la vez primera.

—Anda, hijo, replicó Don Quijote, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas á buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase della cómo te recibe, si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada, si se desasosiega y turba oyendo mi nombre, si no cabe en la almohada si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad, y si está en pie, mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pie, si te repite la respuesta que te diera dos ó tres veces, si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa, si levanta la mano al cabello para componerle aunque no esté desordenado: finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos, porque si tú me los relatares como ellos fueron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazón acerca de lo que al fecho de mis amores toca: que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes las acciones y movimientos exteriores que muestran cuando de sus amores se trata, son certísimos correos que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa.

Ve, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas.

—Yo iré y volveré presto, dijo Sancho; y ensanche vuesa merced señor mío, ese corazoncillo, que le debe tener ahora no mayor que una avellana: y considere que se suele decir, que buen corazón quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos no hay estacas, y también se dice, donde no se piensa salta la liebre: dígolo, porque si esta noche no hallamos los palacios ó alcázares de mi señora, ahora que es de día los pienso hallar cuando menos lo piense, y hallados déjenme á mí con ella.

—Por cierto, Sancho, dijo Don Quijote, que siempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos, cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo.

Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareó su rucio, y Don Quijote se quedó á caballo descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dejaremos yéndonos con Sancho Panza, que no menos confuso y pensativo se apartó de su señor que él quedaba, tanto, que apenas hubo salido del bosque, cuando volviendo la cabeza, y viendo que Don Quijote no parecía, se apeó del jumento, y sentándose al pie de un árbol comenzó á hablar consigo mismo, y á decirse:

Sepamos ahora, Sancho hermano, adónde va vuesa merced. ¿Va á buscar algún jumento que se le haya perdido? No por cierto.

¿Pues qué va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una princesa, y en ella al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. ¿Y adónde pensáis hallar eso que decís, Sancho? ¿Adónde? en la gran ciudad del Toboso. Y bien, ¿de parte de quién la vais á buscar? De parte del famoso caballero Don Quijote de la Mancha, que desface los tuertos, y da de comer al que há sed, y de beber al que há hambre.

Todo eso está muy bien. ¿Y sabéis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios ó unos soberbios alcázares. ¿Y habéisla visto algún día por ventura? Ni yo ni mi amo la habemos visto jamás.

¿Y paréceos que fuera acertado y bien hecho que si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intención de ir á sonsacarles sus princesas, y á desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á

puros palos, y nos dejasen hueso sano? En verdad que tendrían mucha razón cuando no considerasen que soy mandado, y que mensajero sois, amigo, no merecéis culpa, non.

No os fiéis en eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele, que os mando mala aventura.

Oxte, puto, allá darás, rayo: no sino ándeme yo buscando tres pies al gato por el gusto ajeno; y más que así será buscar á Dulcinea por el Toboso como á Marica por Rávena, ó al bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me ha metido á mí en esto, que otro no."

Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó dél fué que volvió á decirse: "Ahora bien, todas las cosas tienen remedio si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refrán que dice: Dime con quién andas, decirte hé quién eres, y el otro de no con quien naces, sino con quien paces. Siendo pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene á ver á vuesa merced.

—¡Santo Dios! ¿qué es lo que dices, Sancho amigo? dijo Don Quijote. Mira, no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas.

—¿Qué sacaría yo de engañar á vuesa merced, respondió Sancho, y más estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga y verá venir á la princesa nuestra ama, vestida y adornada, en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ellas todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otro tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento; y sobre todo vienen á caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay más que ver.

—Hacaneas querrás decir, Sancho.

—Poca diferencia hay, respondió Sancho, de zananeas á hacaneas; pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las más galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea, mi señora, que pasma los sentidos.

—Vamos, Sancho hijo, respondió Don Quijote, y en albricias destas no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere, y si esto no te contenta, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere, y si esto no te contenta, te mando las crías que este año me

y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo á jurar; y si porfiare, porfiaré yo más, y de manera que tengo de tener la mía siempre sobre el hito, venga lo que viniere: quizás con esta porfía acabaré con él que no me envíe otra vez á semejantes mensajerías, viendo cuán mal recado le traigo dellas; ó quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador destos que él dice que le quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño."

Con esto que pensó Sancho Panza quedó sosegado su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio, y detúvose allí hasta la tarde por dar lugar á que Don Quijote pensase que le había tenido para ir y volver del Toboso; y sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el rucio vió que del Toboso hacia donde él estaba venían tres labradoras sobre tres pollinos ó pollinas, que el autor no lo declara, aunque más se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas; pero como no va mucho en esto, no hay para qué detenernos en averiguarlo.

En resolución, así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado volvió á buscar á su señor Don Quijote, y hallóle suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como Don Quijote le vió, le dijo:

—¿Qué hay Sancho amigo? ¿Podré señalar este día con piedra blanca, ó con negra?

—Mejor será, respondió Sancho, que vuesa merced le señale con almagre, como rótulos de cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren.

—Dese modo, replicó Don Quijote, buenas nuevas traes.

—Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene más que hacer vuesa merced sino picar á Rocinante y salir á lo raso á ver á la

dieren las tres yeguas mías, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo.

—A las crías me atengo, respondió Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto. Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca á las tres aldeanas.

Tendió Don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vió sino á las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho si las había dejado fuera de la ciudad.

—¿Cómo fuera de la ciudad? respondió, ¿por ventura tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo, que no ve que son estas que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol á mediodía?

—Yo no veo, Sancho, dijo Don Quijote, sino á tres labradoras sobre tres borricos.

—Ahora me libre Dios del diablo, respondió Sancho, ¿y es posible que tres hacaneas, ó como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le aparezcan á vuesa merced borricos? Vive el Señor, que me pele estas barbas si tal fuese verdad.

—Pues yo te digo, Sancho amigo, que es tan verdad que son borricos ó borricas, como yo soy Don Quijote y tú Sancho Panza; á lo menos á mí tales me parecen.

—Calle, señor, dijo Sancho, no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga á hacer reverencia á la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca: y diciendo esto se adelantó á recibir á las tres aldeanas, y apeándose del rucio tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, é hincando ambas rodillas en el suelo, dijo:

—Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talante al cautivo